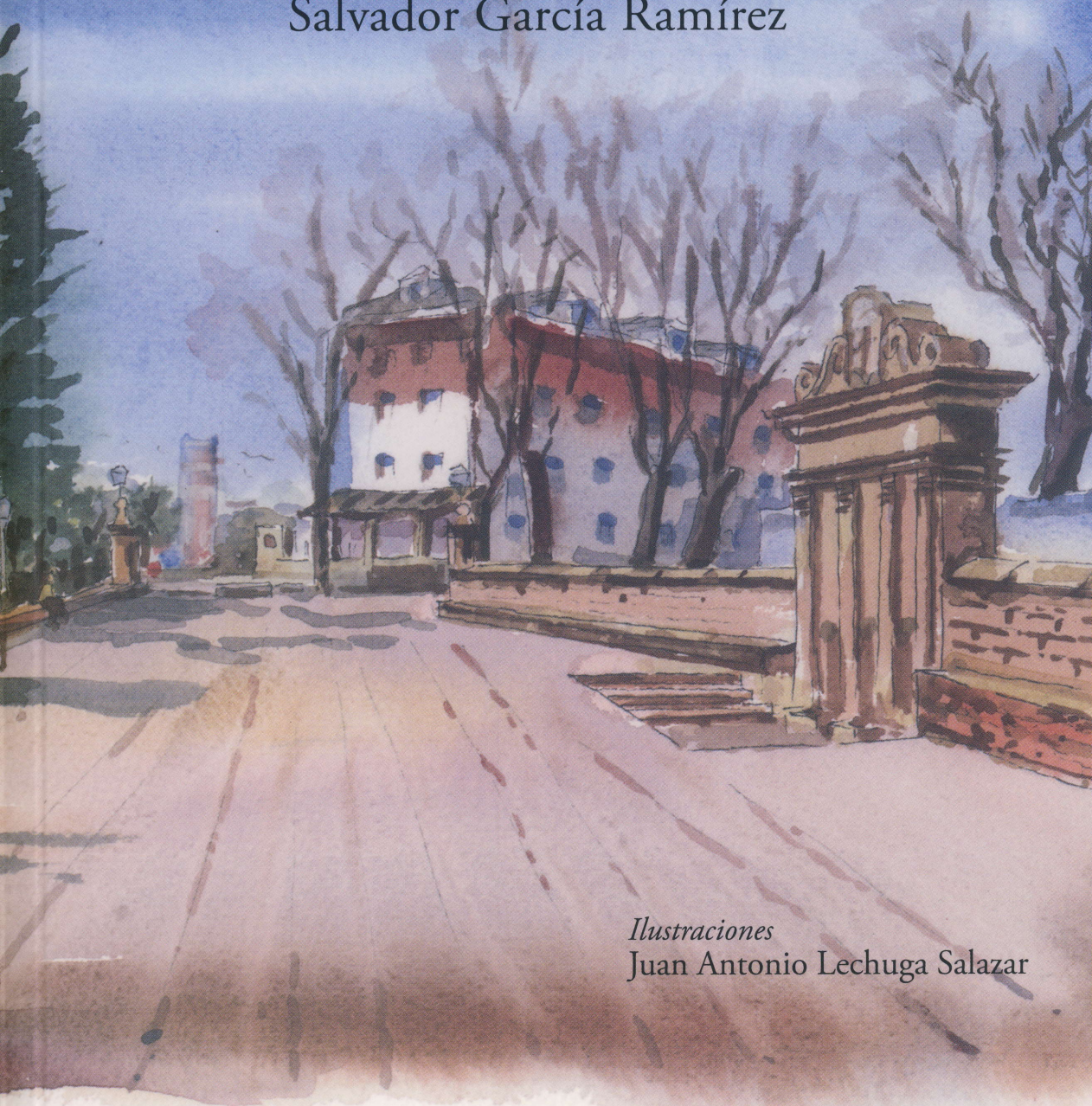


ARCA DEL AGUA

Baeza: verso y piedra

Salvador García Ramírez



Ilustraciones
Juan Antonio Lechuga Salazar

Edita:
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE JAÉN
Cultura y Deportes

© Salvador García Ramírez
© De la primera edición:
Diputación Provincial de Jaén
Cultura y Deportes
© Portada, contraportada, e ilustraciones interiores:
Juan Antonio Lechuga Salazar
© de la introducción:
Antonio Chicharro Chamorro

Depósito Legal: J. 370 - 2018
I.S.B.N.: 978-84-15583-38-7

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

INTRODUCCIÓN

ΠΟΙΗΣΙΣ [POIESIS]

Al tiempo que criaturas, los seres humanos somos creadores. La radical capacidad de crear que nos caracteriza como seres sígnicos en los diversos órdenes de nuestra actividad, además de la que por antonomasia consideramos creación artística, fue nombrada por Platón con la palabra ποιήσις [poiesis]. En todo caso, dicho talento imaginativo, artístico e intelectual es cultivado y desarrollado de manera desigual por cada uno de nosotros. De ahí que en nuestro entorno social y cultural, sobresalgan solo algunas personas a este respecto al reconocérseles los resultados de su fuerza creadora en lo que hacen, en lo que producen y en lo que escriben. Es el caso del poeta y profesor Salvador García Ramírez (Rus, 1958), a quien cabe reconocerle esa capacidad como una alta cualidad que adorna su vida entera, si bien ahora canalizada con preferencia por la vía de la poesía, pues a ella dedica lo mejor de sí mismo y toda su inteligencia creadora. Así pues, que se haya decidido a publicar sus poemas de un tiempo a esta parte, no debe hacernos creer que ha devenido en poeta. Ya lo era. Y lo era en tanto que lector y escritor secreto, además, claro está, de serlo en otros aspectos de su quehacer vital como, por ejemplo, en la transmisión y enseñanza de la ciencia como profesor de Física y Química -la ciencia es también creación en su especificidad- y, como se comprende, en el cuidado puesto durante años en sostener la memoria de un poeta mayor, Antonio Machado, que había profesado en el instituto baezano de su dirección entre 1912 y 1919, entre otros profesores que por allí pasaron como Jaime Vicens Vives, con su particular capítulo de historia baezana, y cuya memoria también ha sabido cuidar. Por eso y en lo que vengo conociendo de él, cuando supe que había publicado su primer libro de poesía con cierta edad -*La hora del vigía*, premiado en 1999 y dado a la luz al poco tiempo- no sólo no me sorprendió sino que rehuí aplicarle el adjetivo de tardío. ¿Cómo pueden

ser tardías una sostenida comprensión estética de lo real y una subsiguiente poesía, frutos de una capacidad creadora que ha estado siempre ahí? De serlo su poesía, lo será en todo caso desde el parámetro de su publicación y recepción. Como quiera que sea, lo importante viene a ser que Salvador García Ramírez ha sabido canalizar su poiesis por la superior vía de la creación verbal con propósito estético, tal como acreditan *-in crescendo-*, además de otras publicaciones sueltas, los libros que han seguido al ya nombrado: *Ruradía: remota república* (2001), *Ríos de arena* (2005), *Nudos* (2006), *Tiempo de tranvías / O tempo dos eléctricos* (2016), pulcra edición bilingüe esta que alía culturas y borra fronteras entre España y Portugal, más el que ahora el lector tiene en sus manos, *Arca del agua. Baeza: verso y piedra*, entre otras obras en el telar.

ΜΙΜΗΣΙΣ [MÍMESIS]

A la hora de introducirnos, con lógica brevedad y de manera tentativa, a este nuevo libro de poesía suyo, quiero apelar otra vez a Platón y, más en concreto, a su dualismo ontológico -lo consabido del verdadero mundo invisible-ideas-alma vs el falso mundo visible-apariencias-cuerpo- por las consecuencias que se derivaron del mismo en la teoría poética al suministrarnos una palabra clave para entender la manera occidental de pensar la creación verbal. Me refiero a μίμησις [mímesis], cuyo tratamiento se impone en una obra que es titulada con el nombre de un espacio de la ciudad de Baeza, Arca del Agua -igual ocurre en el caso del poema liminar homónimo de nuestro libro-, paseo alejado del centro urbano presidido por una antigua fuente que recibía el agua de una mina cercana, y que coloca en el subtítulo con inequívoca voluntad de significación el nombre de la ciudad en tanto que fuente referencial ella misma de los poemas que el libro contiene.

Pues bien, si para Platón la poesía era imitación de las acciones de la realidad sensible mediante el lenguaje, la armonía y el ritmo -con su

desprecio por la misma al ser imitación de segundo grado muy alejada de la verdadera idea esencial-, para su discípulo Aristóteles la poesía resultará, con su consecuente valoración del mundo empírico, la consecuencia de la imitación del mundo visible una vez aplicado el principio de la verosimilitud. Con este planteamiento no sólo se rotura el principio del realismo y se alimenta la teoría del arte poético como conocimiento, sino que se reconoce a la poesía por el hecho distintivo específico de ser invención, esto es, de poseer una naturaleza a la postre ficcional alimentada verosímilmente, eso sí, por el principio que rige el funcionamiento de lo real. Lo que quiero afirmar es que el libro sobresale por ser creación de una Baeza otra, una Baeza poética que, tomando la compleja realidad referencial del universo baezano, se alimenta de experiencias, vivencias, recuerdos, reflexiones, conocimientos, además de espacios arquitectónicos, paisajes y objetos artísticos observados con voluntad de creación verbal ya mimética ya interpretativa ya recreativa. En consecuencia, la Baeza de poesía que se contiene en el libro vale antes que nada por sí misma, por el trazado de sus partes, por los edificios de los poemas hechos con palabras y sus sílabas y por haber sabido cifrar en cuarenta poemas los rastros de unas emociones y la recreación de vivencias que, efímeras, estaban destinadas al olvido. Este libro, pues, constituye un espacio autónomo que viene a sumarse a Baeza y su cultura al tiempo que se abre a cualquier lector.

ἘΚΦΡΑΣΙΣ [ÉCFRASIS]

Afirmar la autonomía de los poemas en la unidad superior del libro en que han sido sumados, me lleva a instar al lector a que renuncie de salida a una lectura instrumental de los mismos en función de su interés por el ancho referente nombrado poéticamente otorgándoles solamente un valor de ilustración, algo que podría darse si se malinterpreta la *intentio auctoris* orientada expresamente en no pocos de los textos a hacernos ver en clave poética aquello que está ausente. De ahí que gran parte de los poemas lleven por título nombres de espacios urbanos y culturales, obras arquitect-

tónicas y artísticas e incluso espacios naturales de Baeza, todos ellos reconocidos y reconocibles, cuando no ciertas circunstancias atmosféricas y climáticas, también experimentadas y experimentables. En efecto, de la lectura de los poemas se deduce esa intención creadora que considero coincidente con la *intentio operis*. Ahora bien, lo que más vale de los poemas es su propia presencia, signo artístico de un particular mundo referencial y materialización él mismo de una conciencia estética mediadora, lo que se hace evidente en ciertos poemas líricos. Si hago esta afirmación, se debe a mi deseo de hacer valer el libro sobre todo por lo que es en diálogo, claro está, con el universo de Baeza.

En definitiva, si el concepto de mimesis nos ha permitido afirmar que A debe seguir la lógica de B, también nos ha hecho comprender que A no es B y que su estatuto deriva en un caso de la invención y en el otro de lo que llamamos real. En todo caso, al contar con una clara intención del autor de, como decía, hacernos ver en clave poética aquello que está ausente, es lógico que nos encontremos en no pocas ocasiones en el libro con la aplicación de procedimientos efrásticos, consecuencia a su vez del principio de la mimesis. La écfrasis es, desde la retórica clásica, un instrumento expresivo de descripción vívida de objetos y personas; y, desde hace unas décadas, se restringe esta figura a la descripción literaria de una obra de arte visual. Sin entrar en discusiones que no son del caso, cabe a afirmar que Salvador García Ramírez emplea con maestría la écfrasis en su doble acepción a lo largo y ancho de su libro para lograr a veces de manera mimética e interpretativa y otras mediante su recreación, con orden, proporción y armonía la vivificación del universo baezano, lo que queda subrayado con el subtítulo de nuestro libro: *Baeza: verso y piedra*. Esa es la intención de autor y ese es su logro.

ARCA DE POESÍA

Efectuadas estas consideraciones de fundamento, debemos reparar en la estructura y partes de esta arca de poesía que es el libro. Pues bien, tras un poema liminar, prolepsis lírica con la que el sujeto poético encara su vejez en el ya aludido espacio de Baeza que da nombre al poema y al poemario, se ofrecen los textos en cuatro secciones que son así agavillados por su coherencia interna y relación de proximidad. En la primera, titulada «Baeza de tierra, de sol y de niebla», se reúnen los poemas de los espacios naturales y urbanos ya abiertos («Paseo de las Murallas», «Cerro del Alcázar») ya íntimos («Plazuela de San Andrés») ya arruinados y de los que hay a pesar de todo signos de vida («Calle Matilla»); también, los de diferentes luces («Escrito en el agua», «La luz de los primeros versos») más los del frío invernal que cae sobre la ciudad de piedra («Febrero en el Paseo», «Invierno, verso y piedra») cuando no del calor extremo («Canícula»).

La segunda parte, «Baeza de arte y de memoria», agrupa las fundadas recreaciones de cierto modo de vida de una Baeza histórica («Extramuros»), los estratos de memoria que de ayer a hoy suscita la contemplación de un patio renacentista («Patio de la antigua Universidad»), la sombra de un conflicto entre nobles locales con el apoyo de la descripción de un palacio («Propuesta al Marqués de Jabalquinto»), además de la de los moriscos en la ciudad («Plaza de la Cruz Verde»); también, la construcción verbal del esplendor plateresco de una obra civil con la evocación de la vida y transcurrir histórico del palacio del Corregidor y antigua cárcel («Cardenal Benavides, 5») y toda una serie de poemas clara y eficazmente ecrásticos como los titulados «San Buenaventura», «Plaza del Pópulo», «Torre de los Aliatares», «Puerta del Perdón», «Santa Cruz», «El Salvador», «Casa del Vicario» y «Fuente de Santa María».

La sección tercera, «Baeza abierta», da a entrada a poemas que dan cuenta de un deambular introspectivo por las calles y plazas de la ciudad y lo que la observación de las mismas suscita («Confluencias», «Calle de San Pablo», «Plaza del Arcediano I» y «Plaza del Arcediano II») y los que el esplendor de la vida natural encerrada en un parque o un cambio estacional provocan («Parque Leocadio Marín», «De invierno a primavera»); más poemas meditativos ante ciertos espacios abiertos de la ciudad («Puerta de Úbeda», «Bécquer en Baeza») o ante una ruina cuidada abierta al cielo («Ruinas de San Francisco»).

La parte cuarta, «Baeza de interior», ofrece aquellos poemas elaborados a partir de los oasis interiores vividos o los espacios solitarios que guarda la ciudad («Fuentenueva», «Palacio de los Obispos»), la vida que se ve pasar desde un café («El Mercantil»), la sosegada vida interior de un convento («En clausura») o los efectos que algunos espectáculos y recitales vividos en espacios cerrados suscitan («Palabra de Shakespeare», «El cantaor»). Esta sección y libro se cierran no gratuitamente con «Aula Antonio Machado», un poema lleno de intertextos del autor de *Campos de Castilla* en homenaje al espacio docente que habitara, al valor y significación de su obra y a la memoria de quien contribuyó como pocos a poner a Baeza también en el alfabeto de la poesía.

Arca del agua. Baeza: verso y piedra, el nuevo fruto de la poesía de Salvador García Ramírez, constituye un canto a Baeza en toda su complejidad histórica, social, urbana, natural y artística, hecho con tan poderosas como variadas imágenes y descripciones vívidas que exigen sobre todo versos de arte mayor en cuidadas estrofas, algún soneto, versos libres cuando no versículos y poemas en prosa. Es un equilibrado canto sin estridencia alguna de lo que se tiene, pero aún más de lo que machadianamente se pierde, de lo que por vivido o al vivirlo se ha perdido o desaparece, lo que añade un valor insospechado a esta arca de palabras que es el libro. Es también la generosa entrega de la admiración -nunca

ciega- que el autor siente por una ciudad que eligió para sí al tiempo que ésta lo hacía suyo.

Puede entrar el lector en las páginas que siguen con la seguridad de que le van a dar ocasión de vivificar emociones, de recrear aspectos de una historia pasada y reciente, de recorrer así espacios monumentales y de conocer por esta vía verbal una Baeza otra que adensa el sentido y significación de Baeza, ahora sin adjetivos. Y no olvide que lo particular no existe aislado de lo universal. Es su vía de acceso.

ANTONIO CHICHARRO
Universidad de Granada